



EL DESINTERES INTELLECTUAL

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, enero de 1911.

Abrigo la petulante creencia de que algunos de mis lectores se acordarán del relato que en estas mismas páginas publiqué titulado: «La sima del secreto». Fué un sueño que soñé—literalmente y al pie de la letra—el verano pasado en Bilbao, y cuyo sentido, si es que alguno tiene, no se me alcanza, y si lo publiqué es por creerlo de algún valor artístico ó siquiera sugerente ó entretenido; y tuve buen cuidado de hacerlo constar así, haciendo saber á mis habituales lectores que aquello no envolvía simbolismo ni intención alguna.

Mi precaución fué en parte inútil. Porque tengo aquí á la vista una carta de una señora argentina, escrita desde La Plata y en la cual me ruega que explique ese sueño, que para ella fué como si hubiese estado escrito en alemán. Y luego añade: «¿Por qué no se ocupa más de escribir sobre la instrucción de la mujer? ¿ó es que teme disgustar á las argentinas? éstas viven muy ocupadas con sus vestidos y sombreros, y probablemente no le darían importancia á las verdades que usted es capaz de decirles».

Pues bien, señora, empezando por esto último le diré que si no escribo sobre la instrucción de la mujer, de una manera aplicable á sus paisanas, que es lo que usted desea, es pura y simplemente porque ignoro cómo estén instruidas y educadas. No las conozco, señora. Que los hombres sean tan superficiales como ellas, según usted dice, no lo dudo si es que ellas lo son. Porque donde la mujer es superficial resulta siempre que lo es por serlo el hombre. Usted debe conocer aquello de Sor Juana Inés de la Cruz, la conceptuosa poetisa mejicana:

hacedla cual las queréis,
buscadlas cual las hacéis.

El que los extranjeros ilustres que visitan esa tierra se dejen seducir y hablen de las hermosas argentinas que engalanaban la fiesta—«como si se tratara de banderas ó gallardetes» añade mi correspondencia,—no es sino un obligado tópico de retórica y entra en la urbanidad y buenas maneras. Es decir, que á nada compromete.

Y viniendo, señora, á su primer deseo siento tener que manifestarla que no me es posible satisfacerse. No le puedo explicar el sentido de mi sueño porque no lo sé. Si usted, por su parte, le encuentra alguno, le quedaré agradecidísimo, si me lo comunica.

Y esto nada tendría de extraño. Porque supongo que usted ignora que hay multitud de mitos cuyo sentido simbólico se ha inventado después que se engendraron, sin que á sus creadores se les ocurriese darles sentido alguno. La intención de no pocos actos está más en el ánimo de quien

los juzga que no en el de quien los comete.

Y yo, señora, aunque otra cosa le hayan hecho creer á usted, soy uno de los hombres más desinteresados. Muchas veces, muchísimas, escribo á lo que salga, dejándome guiar de la fantasía, jugando con las ideas, y si con ellas entretengo al lector ó le sugiero algo, háilo pagado quedo. Además de lo que me entretengo yo mismo.

Muchas veces, señora, la intención suele ser no antecedente, sino consiguiente al acto. Prueba al canto. El otro día, el anteuúltimo de mis hijos, un niño de cinco años á quien le ha dado por dibujar—afición que hereda de su padre—se puso á hacer monos. Y de pronto haciendo garabatos le resultaron unos que daban una cierta apariencia de una vieja, con una notable expresión de movimiento. El niño no intentó hacer tal cosa, sino que le resultó así. Y al verlo exclamó sorprendido: «¡viva! ¡una vieja!» y entonces le puso ojos, nariz, boca, los pies, un brazo y un bastón. Yo tendría el gusto de remitirle copia—que conservo—de los dos dibujos, el primitivo y el completado.

Lo cual ocurre muchas veces, sobre todo en la producción artística. Desde hace algunos meses me ha dado por escribir sonetos y la mayor parte de ellos los escribo no para desarrollar ó condensar un pensamiento ó una sensación, sino para desarrollar un endecasílabo, un verso, una frase que me gusta. Así, leyendo en Shakespeare: *sweet silent thought* se me ocurrió este endecasílabo:

el dulce silencioso pensamiento

y creí que era un buen germen de todo un soneto. Y muchas veces cuando escribo el primer verso no sé lo que voy á decir en el segundo.

A lo que ayuda la rima, á la que tanto he despreciado, pero con la que empiezo á congraciarme. Porque la rima, señora, es una fuente de asociación de ideas y una fuente que no depende de nuestra voluntad. Es el lenguaje que se nos impone; es algo social; algo objetivo. Para colocar un consonante tenemos que dar al pensamiento un giro nuevo.

Usted sabe que la «Divina Comedia» está en tercetos aconsonantados y que la rima le costaba mucho trabajo al Dante; que hay en su poema consonancias de una violencia extremada y que la necesidad de rimar le llevó muchas veces á no pocos de aquellos tremendos giros. Se le ve forcejear con la rima. Y como estaba plétórico de ideas y de sentimientos la rima se los sugería.

La rima representa el azar y el azar es la primera fuerza creadora. A propósito de lo cual voy á colocar aquí uno de mis sonetos que dice:

Hay la ley del milagro que regula
cuanto escapa á otra ley, pues ni Dios mismo
con su poder se arranca del abismo
en el que toda sinrazón se anula.

Es ley de vida que no se formula
en trazado ni en cifras, de guarismo,
mas la mente comprendía en bautismo
y con nombre de azar la disimula.

Dios á dos manos teje en su telar,

L9





con la zurda llevando el recto trazo que el hombre á ciencia logra sujetar, mientras su diestra en cse callamazo borda al santo capricho del azar que es del progreso el poderoso brazo.

Es decir, señora, que á la ley del milagro, tan ley como cualquier otra, la hemos bautizado con el nombre de azar, y á ella se debe el progreso. Lo incoercible, lo rígido, lo que logramos sujetar á norma y fórmula, como la parábola de la trayectoria de un proyectil, es lo que Dios, con su mano izquierda trama; pero lo vivo, lo que no conseguimos sujetar á previsión, lo que parece caprichoso, lo histórico en fin, eso es lo que el mismo Dios borda con su mano derecha.

Acaso usted haya oído alguna vez que el gran artista Leonardo de Vinci, aquel estupendo genio del Renacimiento italiano, se entretenía en seguir con la mirada las caprichosas líneas de los desconchados y grietas de los muros viejos ó las de los pliegues de cualquier ropaje buscando en ellas motivos de creación de figuras. Pues esto puede muy bien ocurrir no ya con las grietas de un muro sino con los garabatos que al azar trace uno, como le sucedió á mi hijo.

Y ahora ahí va otro soneto:

Se cuenta de Leonardo que en los muros con su mirada de águila seguía los desconchados que á la fantasía le daban sus roturas cual conjuros de líneas y de formas. Inseguros giros y cortes que el azar abría en grietas, á su vista eran la guía de su mano al trazar perfiles puros.

De la brida llevando así al Capricho á la obra con empeño daba cima y de fauna infernal creaba un bicho que hoy puebla de la fábula la sima. Tal en la forma del soneto, nicho en que crea el azar llamaba rima.

Y créame usted, señora, se lo juro por los sagrados manes del divino Leonardo, que muchas veces no estoy sino escribiendo sonetos, aunque ni estén rimados ni consten de catorce versos, sino en vulgar prosa. Mucho de esto no es sino poesía pura, sea buena ó sea mala.

Lo que pasa es que en los pueblos en que las damas van á engalanar las fiestas como si fuesen banderas ó gallardetes, no suele pasar por poesía sino aquello que versa sobre arroyuelos, princesas de cabellos de oro, ojos blancos, y otra porción de tópicos retóricos. Y eso no es ahí donde más ocurre, créamelo.

Y no hay sino más fatal que cuando á un hombre que deja correr su imaginación y su sentimiento sobre una y otra cosa, y se pone á dar calor á las ideas todas, porque las ve ateridas de frío, se empeñan sus amigos en hacerle erudito, crítico, sociólogo, filósofo, pensador ó cualquiera de estos oficios graves.

El desinterés, señora, el verdadero desinterés intelectual, es cosa tan sutil que se escapa á no pocas personas. Hay el decidido empeño de clasificarnos á todos y de suponernos unas bajas intenciones de las que algunos podemos estar, por la merced de Dios, libres.

Recuerdo que en cierta ocasión se acercó un sujeto á un eminente autor dramático, verdaderamente eminente, es decir, que no busca demostrar nada en sus dramas, ni son éstos reaccionarios ó progresistas, y le increpó por las ideas que en uno de ellos expresaba uno de sus personajes. Y el autor se limitó á contestarle: «¡eso cuénteselo usted á él!» Pues tendría que ver que pusieramos á la cuenta de Shakespeare los pensamientos y propósitos manifestados por cada uno de los personajes de sus obras.

Y, sin embargo, Ibsen tuvo que sufrir y no poco de este género de críticas, por incomprensión artística.

Y hay, señora, muchos escritos que aunque no parecen dramas, lo son; son verdaderos dramas que se desarrollan en el escenario de nuestra conciencia, donde muchedumbre de personajes luchan y discuten entre sí. Y luego se le echa en cara al dramaturgo, es decir, al escritor, que se contradice, cuando los que se contradicen entre sí son los distintos sujetos que en su espíritu viven y se pelean.

Todo esto que me parece á mí tan sencillo, resulta que no se lo parece á muchísima gente que se empeña en buscar en el escritor el mismo género de consecuencia que buscamos en el político. No quieren ó no pueden comprender que la misión del uno es muy distinta de la misión del otro, y que el oficio del escritor es suscitar ó avivar ideas y sentimientos en sus lectores, sin que importe que hoy suscite una y mañana la contraria.

Yo, señora, les doy un valor muy relativo á las ideas que expongo, estimando que vale mucho más la manera como las expongo, el tono que les doy, el calor que pueda prestarlas. Sé por experiencia que sucede á menudo el que Juan, después de veinte años de estudios, se sale con una teoría nueva ó con un descubrimiento y las gentes al oírle exclaman: «¿dónde lo habrá leído?», mientras que Pedro toma la idea misma que Juan descubrió, la expone á su vez y dicen las mismas gentes: «¡pero qué cosas se le ocurren á este hombre!» El secreto de esto, que es lo que se suele llamar la originalidad, se lo explicaré á usted con un ejemplo. Supóngase usted que Juan es un eminente médico y que después de sus veinte años de estudios y 707 ensayos encuentra el remedio de la tuberculosis y lo expone ante un docto público, y que Pedro, que figura entre sus oyentes, es un tuberculoso en último grado para quien el remedio llega ya tarde. A quien hay que oír, créamelo, es á Pedro y no á Juan, y en las palabras de Pedro vibrará un eco de dolor, un terrible gemido de desesperación, que en las de Juan no puede vibrar. Quedará el remedio de Juan, pero quedarán las palabras de Pedro.

Hay un cierto utilitarismo que dificulta mucho la comprensión de la labor literaria y artística, y este utilitarismo lo fomenta la prensa diaria por la forzosa exigencia de su público. Es muy raro el lector que lee para distender el ánimo ó para saber. Los más buscan noticias útiles ó confirmación de sus prejuicios. Sólo así se explica que encuentren público ciertos escritos más ó menos sociológicos, completa y ab-

res





8-69

solamente mazorrales, que no hacen sino embutir en sus escritos toda la ristra de vulgaridades científicas ó pseudocientíficas que andan rodando por los manuales y las enciclopedias. Yo, señora, siento una profunda repugnancia hacia estos camellos. Y para que no me confundan con semejanta casta, para no caer en la especie del «docto profesor», me voy de cuando en cuando por los cerros de Ubeda, dejo que vuele á su albedrío la imaginación ó cuento los sueños que tengo, sin el menor intento de darles trascendencia alguna.

Todos tenemos nuestra debilidad—y menos mal si no es más que una sola—y yo tengo la mía, que usted, seguramente, habrá adivinado. Y no sólo no me halaga el que me llamen erudito, ó sabio, ó filósofo, ó sociólogo—esto hasta me horroriza—ó pensador, sino que hasta me molesta, casi tanto como el que me llamen eminente crítico. Mi debilidad es otra y otro es el dictado que sueño se ponga sobre mi tumba.

«¡Me han tomado por otro!» exclamaba una vez lleno más que de compunción, de terror un pobre amigo mío. Y este dolor, este intensísimo dolor de que le tomen á uno por otro es, créamelo, uno de los que más pueden afligir á un espíritu sensible. Y el que le dirige á usted, y por mediación de usted á todos sus lectores, estas líneas, conoce ese triste pesar de que le tomen por otro, está acostumbrado á que le tomen por otro.

Creo, señora, que me explico. Aunque muy bien pudiera suceder que este artículo, tan deshilvanado y digresivo, como casi todos los míos, le resulte á usted no menos obscuro é ininteligible que aquel otro de la cima del secreto, por el que me pide explicación.

Y ahora para acabar por hoy con algo enigmático y casi siblítico, le diré que la misión que me he propuesto es no la de exponer ideas, sino la de predicar el hombre, el hombre concreto y real, el hombre de carne, de esperanza y de dolor, el hombre que sueña, el hombre tejido de contradicciones. Y para predicar eso, echo mano del que encuentro más cerca.

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALES